



Corpore

Lo que son las cosas, por supuesto que uno no se espera que todos sus planes se desvanezcan, se hagan polvo a causa de una pésima decisión, pero esto ocurre más a menudo de lo que ninguno imaginamos, y a nosotros nos aconteció cuando ninguno de los dos nos lo esperábamos ni estábamos preparados, cuando todavía hacíamos planes, ideábamos proyectos ilusionantes y atractivos, cuando todavía nos pensábamos sanos y fuertes, grandilocuentes e invencibles a futuro.

Veíamos a todos esos cantantes maduritos que seguían en activo, que seguían llenando hasta la bandera los estadios en donde actuaban, que seguían cobrando un buen dinero por sus actuaciones a pesar de sus dedos deformes y sus voces entorpecidas, que continuaban cobrando setenta, ochenta, noventa euros por entrada, un pastizal a cambio de verles prodigarse sobre el escenario siendo una sombra de lo que una vez fueron, una umbría miserable, veíamos a todos esos atletas dilatando sus carreras deportivas hasta más allá de lo concebible, que competían a buen nivel con treinta y todos, cuarenta, cuarenta y un años, ya no éramos unos críos pero los veíamos, a los unos y los otros, atléticos y razonablemente ágiles, con bien de pelo y creímos, ilusos e ingenuos, que la edad no existe, que es sólo un número, que si quieres puedes, si quieres puedes querido, si no lo consigues es porque no lo has deseado lo suficiente, pensamiento positivo contra viento y marea, todo eso que nos creímos a pies juntillas cuando no era cierto, cuando nunca lo fue.

Porque la edad existe. Y la vejez. Y algo peor que envejecer, que la decrepitud insorteable que conduce irremisiblemente a la muerte, y peor que la corrupción definitiva de la carne que viene a continuación de esa muerte. Lo verdaderamente dramático del asunto es que siendo tan trágico como este otro trance lo es, o para nosotros lo está siendo, no se haya destinado para él una palabra inequívoca, un sustantivo que no dé alas a la duda ni alimente la ambigüedad. O, al menos, no uno de uso habitual, no dos, tres, cuatro sílabas familiares que se tengan en los labios repetidamente. O de existir, lo desconozco, y esto es mucho decir pues sabes que soy un ávido lector, que he de leer todo lo que caiga en mis manos, pienso ahora en cierta suerte de conjuro lingüístico quizá orquestado para hacer desaparecer aquello a lo que no se le ha puesto nombre, no sé explicarlo mejor, ya lo siento.

Sabes que morirás, lo sabes. Tus pulmones, tu corazón, tu cerebro no darán más de sí y adiós muy buenas. Lo sabes, eres horriblemente consciente. Todo el mundo, de

hecho. Sin embargo, uno no se detiene a pensarlo, vivir sería insufrible, y sobre todo no se detiene cuando es joven. Hemos llevado nuestra juventud hasta sus últimas consecuencias, la hemos llevado muy lejos, lejísimos, mucho más de lo que ninguna vez estuvo en manos de nuestras madres y de nuestras abuelas, no pensar en la muerte es lo más cerca que nunca estaremos de la inmortalidad y haber dilatado tanto nuestra juventud, no cabe duda de que nos condujo a ser inmortales más allá, mucho más allá de lo humanamente esperable y posible.

Recuerdo una por una todas nuestras locuras y no evito una sonrisa, agradecido por compartir todos los despropósitos que compartimos. Recuerdo la noche en que caminamos de Hudson a Dundee, distantes cincuenta millas, y como llegaste con los tobillos rígidos como palos secos y ampollas en tus talones del tamaño de pelotas de ping-pong. Recuerdo la maratón de Nueva York que culminamos andando porque colapsabas, todos los músculos de las piernas se te agarrotaban al pretender siquiera trotar como un cochino, y tuve que tirar de los dos hasta la línea de meta con empeño, determinación, confianza y coraje y, he de admitirlo, no sin ciertas dosis de crueldad. Recuerdo las miles de tardes corriendo una, dos, tres horas por el monte, entre los espartos y las garrigas, y las miles de entrenamiento durante las dos décadas largas que nos entregamos al juego. Pero recuerdo que algo cambió al final, esa dificultad punzante a la hora de echar el pie al suelo a la mañana siguiente, que era nueva. Luego la pésima decisión, el agarrón para no anotar y una cadera que voló por los aires, el quirófano y las sesiones de rehabilitación y, con ellas, un dolor áspero, sordo, insondable y abusivo, con el fisioterapeuta ejerciendo sobre ti como un marionetista, yo que sentía asustado no conocerte y la difícilmente asumible vulnerabilidad: el terror a romperme y el confinamiento interior a posteriori.

No es una despedida esta carta, no la malinterpretes. Mucho menos es mi deseo transmitirte tristeza, hastío, pesimismo o ingratitud. Oportunidad para celebrar todo lo que juntos hemos vivido, eso sí es, y agradecimiento por soportar con estoicismo cada una de las ocasiones en que inconsciente te arrojé contra tus límites, te empujé a esa soledad frente a tus limitaciones de la que sólo podías escapar huyendo hacia adelante, y apretaste los dientes y me seguiste como mejor supiste hacerlo, lo que fue pírrico y nada espectacular ni ruidoso las más de las veces, nada fuera de serie, pero más que suficiente para un niño zancudo y entrado en kilos que fue más de lo que en la vida hubiese imaginado.